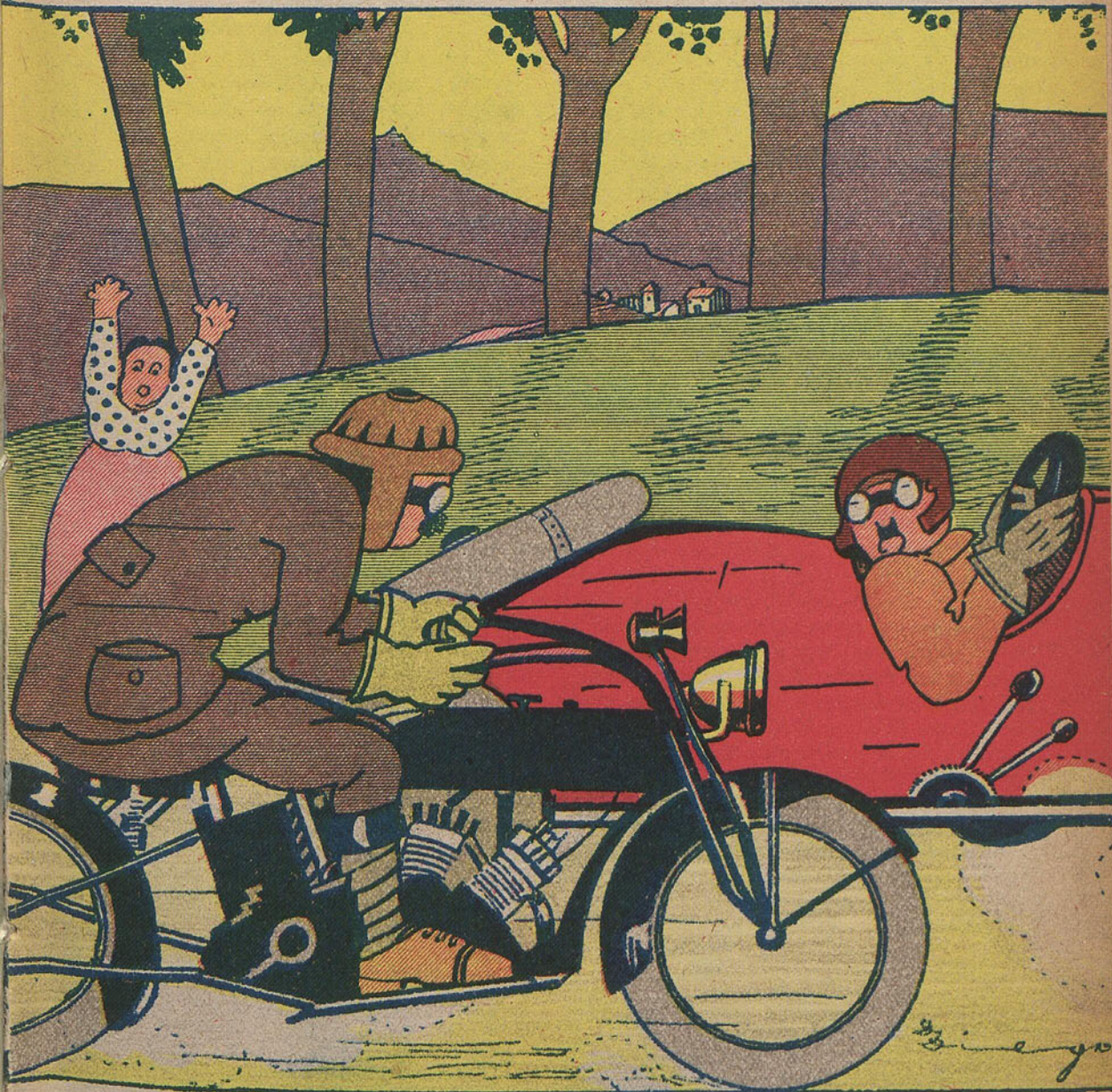


La Risa

30 Cènts.



- ¿Adónde vas con esa «moto»?
- Primero, a Toledo, y luego, a la Casa de Socorro.
- ¡Pues allí nos veremos!

El Nacional de España



En nuestro ferviente anhelo de ser gratos al amado lector, y cediendo a una necesidad que se *deja sentir*, hemos decidido abrir esta Sección, en la que se encontrará innumerable caudal de conocimientos utilísimos en la vida práctica. Desde el formulario protocolario en las peticiones de mano, visitas de pésame, despedidas de duelos, hasta el modo más rápido y seguro para cazar grillos a corneta, el lector ha de encontrar en nuestro CONSULTORIO consejos, fórmulas, recetas, procedimientos, para cuya adquisición hemos montado un completísimo servicio de investigación que esperamos ha de dejar complacidos a nuestros numerosos consultantes.

José Sánchez. Badajoz. — Lamentamos con toda nuestra alma las molestias que le está originando ese maldito *ojo de gallo* de que nos habla, y, como en el caso de la *muela picada* de su anterior consulta, le recomendamos la intervención de un amigo cariñoso. Desahuciado por el pedicuro y el oculista, creemos lo más conveniente que vuelva a mencionarle al amigo en cuestión alguno de sus venerables antepasados, y le garantizamos que del primer puñetazo que le dé le salta ese *ojo*...

Señorita C. R. Madrid. — Con inmensa satisfacción hemos sabido que es usted una admiradora de nuestro modesto ingenio, y, ruborosos, apenas acertamos a balbucir leves frases de agradecimiento. Sepa usted, señorita, que, por un precio verdaderamente risible, solemos dar lecciones de corte a domicilio, y que en los sótanos de esta redacción se enseña a tocar el bombardino por el método Ollendorff en quince días.

R. Moltó. Melilla. — Contestamos gustosos a la tercera pregunta de su consulta: «¿Quién fué el primero que usó sombrero de copa?». Graves autores aseguran que fué el tío de los *cacagües torraés*, aunque no debemos prestarle mucho crédito, ya que sabemos de muy buena tinta que se lo puso el Sr. Francos Rodríguez para asistir al acto de la entrega de las llaves de Granada a los Reyes Católicos por el más *chico* de los Boabdiles.

Gracias a nuestras profundas investigaciones, hemos logrado averiguar que el nombre de «sombbrero de copa» proviene de que estando jugando a los prohibidos un soldado de las tropas *chambergas*, hacia el año 1500, como hubiese perdido todo su caudal, exclamó con acento iracundo: «Me juego el sombrero.» «Va», le respondió el banquero. «Copo.» «Copa.» En efecto: copó y perdió, quedándose, por lo tanto, sin su *chamberg*. Entonces, loco de rabia, le dió un *bocao* que le arrancó las alas, dejando solamente el casco. El banquero ganancioso, recogiendo el sombrero y poniéndoselo tal como estaba, dijo: «Me llevo un sombrero de *copa*.»

Y desde entonces así se llaman los sombreros que apenas tienen alas, y suelen verse mucho en los entierros y en las aperturas académicas.

Consultas grafológicas.

Antonio Antón. Ciempozuelos. — ¡No sea usted loco! Reprima su vehemencia. Llegará muy alto si, como se desprende de su letra, sigue sus estudios de aviador.

J. N. J. Bilbao. — Buen carácter. Su carta nos revela que desconoce la Gramática, porque escribe ortografía con *H*.

Dor-Oteo. Pamplona. — ¡Escriba usted con máquina y podremos contestarle!

Topete. Cartagena. — ¡Malo, malo, malo! ¡No se case usted!!!...

Dirijase toda la correspondencia al apartado 7.002.



—¡Pero no te quites el sombrero!...
—Es para que le veáis la marca. Como me lo he comprado en la Sombrerería PONCE...

PLAZA DE MATUTE, 12. — MADRID



—De ver y adquirir novedades...
—¡Ya! Tú siempre tan elegante.
—No, no se trata del cuerpo; son libros exquisitamente editados por Yagües. También hay que elegantizar el espíritu.

— LIBRERÍA YAGÜES —

Caballero de Gracia, 28. — Madrid.

SERVICIO ESPECIAL DE REVISTAS DE MODAS

A PLAZOS

y con precios de contado, ofrecemos al público, EN TODA ESPAÑA, nuestros aparatos y discos

ODEÓN, FONOTIPIA Y FADAS

Éxito inmenso
de este mes:

Arco Iris



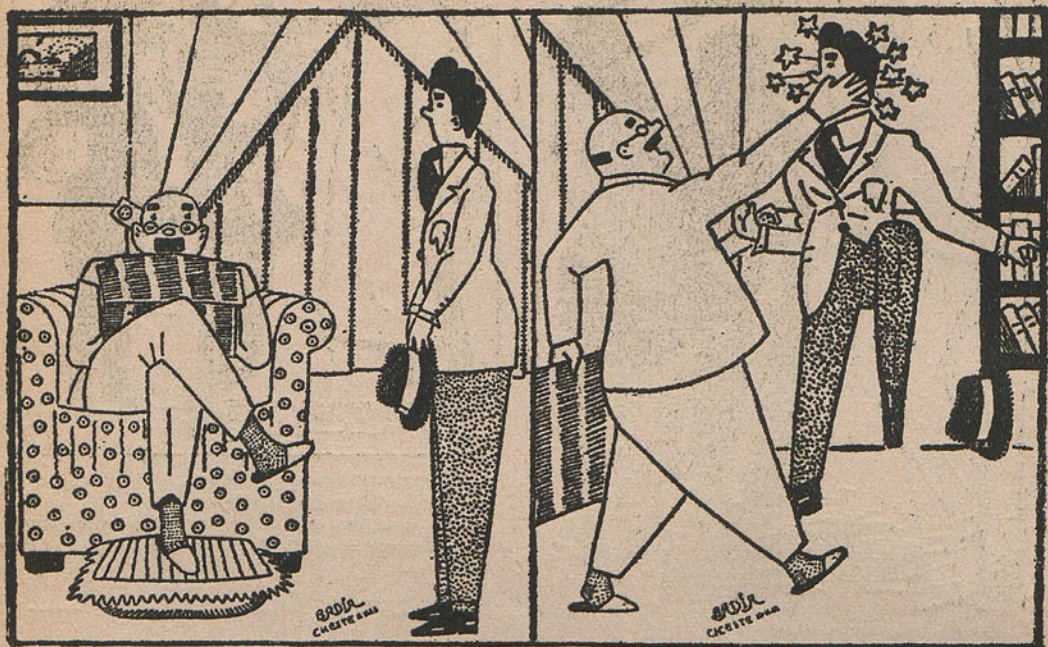
Con gusto le enviaremos gratis nuestros nuevos catálogos de aparatos y discos y las condiciones de las

VENTAS A PLAZOS
si usted lo solicita
de

FADAS. = Peligros, 14 y 16. = MADRID

«LAS ESTRELLAS»

HISTORIETA CÓMICA, por Badía.



—Papá, quería que me diceses dinero.

—¿Para qué?

—Para ir a Rosales a ver el debut de cuatro estrellas.

—¡¡Toma!!



—¿Has visto las estrellas, hijo mío?

La Risa

: REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN :

DOCTOR FOURQUET, 4.-MADRID

APARTADO 7.002.-TEL. 30-76 M.

SEMANARIO HUMORÍSTICO :: SE PUBLICA LOS DOMINGOS

HALLAZGO

Por uno de nuestros más jacarandosos redactores fué hallado ayer tarde, en la carretera de Extremadura y junto a una gruesa piedra del tamaño de la cabeza de un concejal, un voluminoso cuaderno que, sin duda, debió pertenecer a algún conspicuo literato que en aquel lugar aguardaba pacientemente el soplo de la inspiración.

Calculad su asombro cuando, al abrirlo, leyó el encabezamiento, que en gruesas letras decía así, textualmente:

«A Puntos para una NOBELA.»

Y, en efecto, a continuación venían los mencionados *a puntos*, que el lector va a conocer, si tiene calma para llegar al fin.

Prevenimos al literato que haya perdido los mencionados *a puntos*, que, de no presentarse en esta Redacción a recogerlos antes de la salida del próximo número de nuestro semanario, seguiremos publicándolos para que la posteridad tome buena nota de la fecundidad de un hijo del siglo, que tiene la mala costumbre de escribir y de perder su cuaderno de notas en la carretera de Extremadura, junto a una piedra del tamaño de la cabeza de un concejal...

«A PUNTES PARA UNA NOBELA

Marciana abrió la puerta, y un grito de horror se escapó de su garganta. Palideció intensamente abrió mucho los ojos, luego la boca, en un gemido que se ahogó en su garganta, luego los brazos... y, como ya no le quedaba más que abrir, cayó desmayada...

Cuando volvió de su desmayo, Marciana era cadáver...

Lanzó el anciano una mirada en torno suyo, y en el rincón más oscuro de la estancia divisó a los dos pobres huérfanos, que temblaban de frío.

Buscó un andrajo en qué envolverlos, y, no encontrándolo, se limitó a envolverlos en una mirada de intensa piedad...

.. el ruido de sus propios pasos no le dejaba dormir.

Al ver ante sí al mariscal, la condesa se mordió tan fuertemente los labios que se rompió un diente.

Ante tanto lujo y tanto esplendor, Abelardo meditó:

¿Por qué no tenía él aquellos lujosos trenes, aquellos criados llenos de majestuoso respeto, aquel palacio suntuoso, aquella mesa repleta de los más exquisitos manjares, aquel lecho blando y perfumado?...

¿Qué le faltaba a él para poseer todo aquello?

¿No era apuesto?

Apuesto a que sí.

¿No era joven?

«Dieciochesco».

¿No era inteligente?

Más que muchos académicos de la Lengua.

¿Qué le faltaba, pues?

Una cosa.

Le faltaba...

Le faltaba la riqueza.

—Sabed que no me atemorizáis. El cardenal Augusto aguarda en la estancia inmediata una señal mía para aparecer ante vos y escupiros al rostro vuestra traición.

—¡Ah, miserable!—rugió Simón. Y cayendo sobre él como un chazal, le dió un formidable puñetazo en un ojo.

Entonces salió el cardenal...

Gerardo, desde su más tierna infancia, siempre

profesó a su padre el más grande de los respetos.

Escuchaba enternecido cada una de sus palabras.

Atendía sus más insignificantes gestos.

Pese a la alta posición que ocupaba, jamás dejó de considerarle como a un hijo...

—Cuando la miseria entra en una casa—dijo sentenciosamente el anciano—, siempre es una mala señal...

La marquesa saltó con tanta vivacidad sobre la ocasión que se le ofrecía, que se torció un pie...

Al contemplar el busto de su amado esposo, Elisa se precipitó a sus pies llorando...

El duque tenía cuatro hijos legítimos: tres artificiales y uno natural... natural de Albacete.

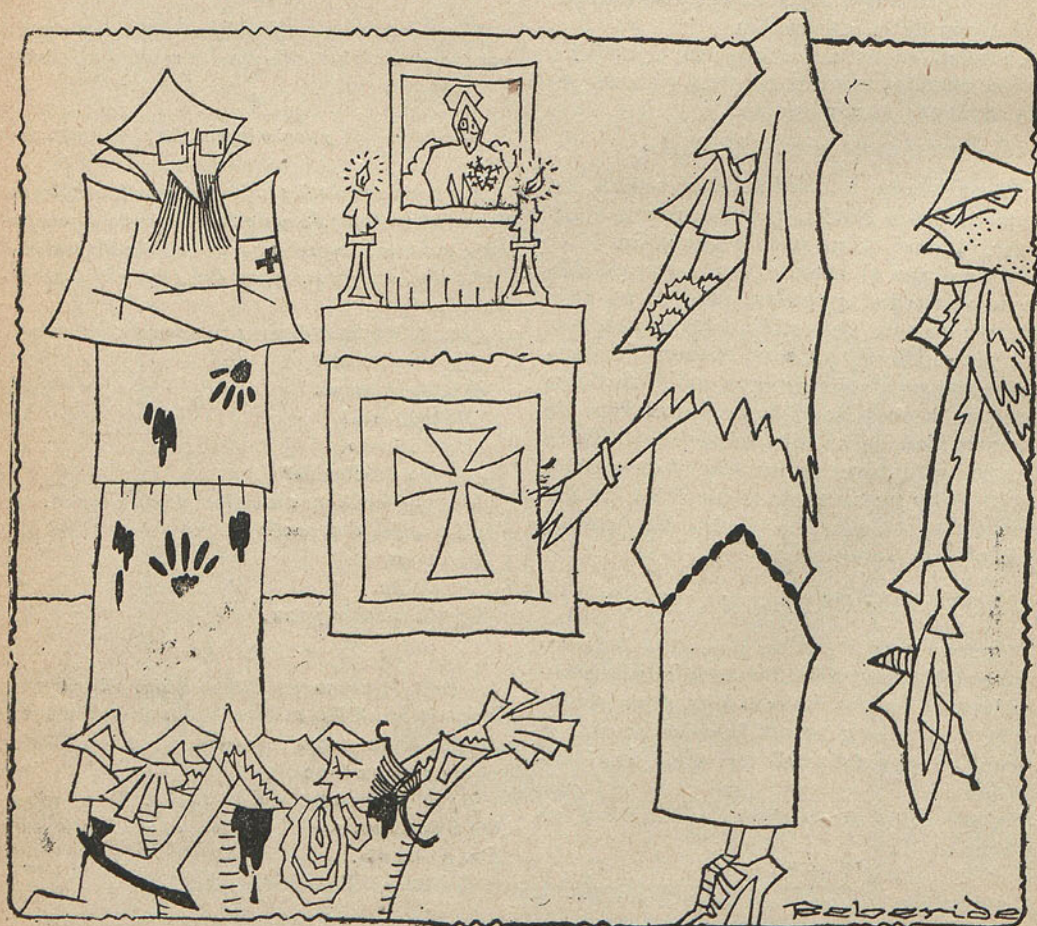
Abelardo levantó la mano para abofetear a su enemigo; pero antes de consumir el ataque la dejó caer con desaliento, exclamando:

—¿Voy a pegar a otro que es más fuerte que yo? ¡No! ¡Nunca cometeré tal villanía!

Cayó a sus pies rendido, inflamado en su malaventurada pasión. Con las manos juntas y con los labios resecos, la contemplaba cerrando fuertemente los ojos...

Por el hallazgo,
RIVERITA.

LA NOVIA DEL TORERO



—¡Ay, Eleuterio de mi vida! ¡Ya te decía yo que me moría por tus pedazos!...

CON EL DEBIDO RESPETO

Ante un popular autor cómico se presentó no hace muchos días un escritor novel con la pretensión de que atendiese a la lectura de una obra dramática que había tenido el mal gusto de escribir.

Accedió amablemente el solicitado, en atención a la amistad que le unía a un pariente del joven dramaturgo, y desplomándose sobre una butaca se dispuso a escuchar la lectura de aquel engendro.

La obra era soporífera.

Al final de la lectura, que duró más de dos horas, preguntó el autor novel:

—Y dígame, don Fulano, ¿qué le ha parecido mi obra?

—¡Admirable! ¡Admirable! Sólo la encuentro un poco larga... Yo creo que con un par de cortes queda como nueva.

—¡No faltaba más! Los que usted diga, maestro.

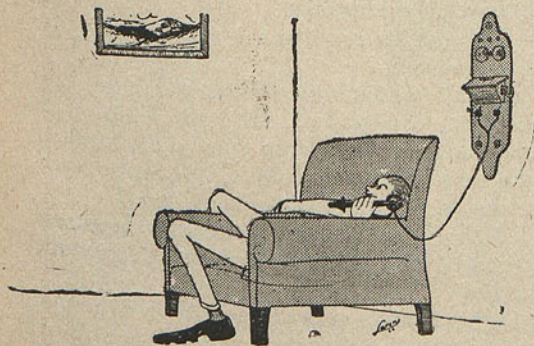
—Sí, mire: uno así... y otro así...

Y uniendo la acción a la palabra, partió en cuatro pedazos aquel esperpento literario.

Hay traductor de obras inglesas que es también un humorista formidable.

Cierta día de lluvia, como al llegar al portal de su casa no pudiese cerrar el paraguas, por habérsele estropeado el muelle del cierre, exclamó con acento iracundo:

—¡Maldita sea! Me voy a tener que morir para ver si se cierra por defunción...



—... Y... no te lo digo, porque se va a enterar la Central...
La Central (interrumpiendo).—¡Conste, señor, que la Central no se enterará de nada!

A otro graciosísimo autor cómico fué a quien sus amigos le encontraron una noche arrodillado delante de la valla de un solar dándose golpes de pecho y murmurando algunas oraciones.

—¿Qué haces aquí, hombre?—le preguntaron.

—Ya veis. Rezando un padrenuestro y meditando sobre la mezquindad de las cosas terrenas. No somos nadie. Mirad.

Y les mostraba un cartelón en el que, en gruesos caracteres negros, se leía:

III LA CALVICIE HA MUERTO!!!

De otro sabemos que tuvo la humorada de penetrar completamente solo en un estanco y entablar con la estanquera, una vieja gruñona, el siguiente diálogo:

—¿Tiene usted sellos de correos?

—¿De qué precio?

—De cinco céntimos.

—¿Cuántos quiere?

—Saque un pliego a ver...

Obedeció de mala gana la mujer, y calculad su indignación cuando una vez extendido el pliego sobre el mostrador, después de un prolijo examen que duró quince minutos, le dijo el comprador, con el acento de la más adorable ingenuidad:

—¡Muy bonitos todos!... ¡Muy bonitos!... Deme usted éste...

Y señalaba uno de los situados en el centro del pliego.



La mamá.—¿Veinte pesetas diarias por la actuación de mi niña? ¡No lo verán sus ojos!

La nena.—Mamá, serán sus gafas.

UNA NOCHE TERRIBLE

Aquello era irremediable. De nada habían servido la intervención de los amigos, los consejos de los padrinos, el mismo miedo de los dos adversarios. Aquello era irremediable. Tenían que batirse a la mañana siguiente, al rayar la aurora, a pistola, y a veinte pasos avanzando. ¡Caracoles!

La cosa era bastante seria. Por eso, don Escanciano, cuyo empleo de la pistola de desafío le era tan desconocido como el de un estetoscopio a un ciudadano del Estado Libre del Congo, en el pasillo de su casa, y ante un blanco improvisado, ejercitaba su vista y su brazo atronando el aire con sus continuos disparos.

¿Cómo fué? Nadie sería capaz de explicarlo. Quizás una bala, chocando contra un cuerpo demasiado duro, un ladrillo, por ejemplo, rebotó fatalmente.

El caso es que sonó un gemido de agonía, y el ruido sordo de un cuerpo que cae pesadamente a tierra.

¡Había matado a su criada!

Que un caballero soltero como don Escanciano, no viejo y nada mal parecido, viva en compañía de una criada joven, aunque torpe, no es cosa que pueda despertar sospechas en un portero poco escrupuloso ni en unos vecinos pacíficos y honrados.

Pero que aparezca el cadáver de la infeliz doméstica, ferozmente asesinada, que les extrañe al portero y a los honrados vecinos el que un caballero de costumbres morigeradas y poco pendenciero ensaye sus pistolas de desafío en el pasillo de casa, y ya tendrán ustedes a la calumnia cerniendo sus negras alas sobre la cabeza del matador. El crimen pasional es de rigor. Por un momento don Escanciano contempló la cara horrorizada del portero, el gesto de espanto de los honrados vecinos, la sonrisa burlona del juez de guardia, la inquieta curiosidad de los periodistas... Ninguno de ellos sería capaz de creer en la imprudencia temeraria. Todos verían en él un sátiro repugnante que había asesinado a la infeliz doméstica en un rapto de desesperación ante sus continuas negativas a los requerimientos amorosos del amo.

No había más remedio. La suerte estaba echada. Había que hacer desaparecer el cadáver.

¿Cómo? Pensó primero en descuartizarle, para vender su carne al peso después. Pero este procedimiento le pareció demasiado laborioso y muy expuesto.

Pensó en quemarle como Landrú hacía con los cadáveres de sus víctimas; pero recordó haber leído en el famoso proceso que los vecinos, más tarde, atestiguaron haber visto salir por la chimenea de su casa densas y sospechosas humaredas. Además, tuvo miedo al característico olor de carne quemada.

De pronto se dió una palmada en la frente y sonrió.

Extrajo una maleta de grandes dimensiones y depositó el cadáver en su interior. ¡Dios santo, qué sudores! O el cadáver era demasiado grande, o la maleta demasiado pequeña, el caso es que tuvo que coger un cuchillo de cocina y seccionar las piernas a la infeliz doméstica, metiéndoselas después debajo del brazo. Arrastró la fúnebre carga al rincón más oscuro de la despensa y cerró la puerta con dos vueltas de llave. Respiró tranquilo.

Se dirigió a su despacho, y con los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, meditó. ¿A qué punto del globo facturaría la fúnebre mercancía?

He aquí un problema a resolver de grave trascendencia.

Siguió meditando. Indudablemente, Londres era el país ideal. Él había leído en varias novelas policíacas que en Londres están muy acostumbrados a encontrar cadáveres en el interior de una maleta.

Había anochecido, y decidió acostarse, dejando para el día siguiente tan importante envío.

De pronto, como todos los criminales, sintió unos vehementes deseos de volver a contemplar a su víctima. Algo así como una fuerza misteriosa, que le arrastró hasta la cocina, le hizo dar vuelta a la llave de la

despensa, y dirigirse al rincón más oscuro en donde había dejado la maleta.

Allí estaba. Desató las correas, dió vuelta a la llave que había dejado en la cerradura. La abrió, y...

Un grito de espanto se ahogó en su garganta.

El cadáver había desaparecido.

Loco de terror corrió a refugiarse en su alcoba. A tropicónes en la sombra llegó hasta el lecho y comenzó a desnudarse precipitadamente; pero tuvo que encender la luz para desatarse los cordones de las botas. Es esta una tarea que ningún mortal es capaz de hacer sumido en las tinieblas.

Ya en pijama se dirigió al lecho, abrió el embozo y...

Un grito de espanto se ahogó en su garganta.

¡El cadáver estaba dentro!!

Ustedes seguramente habrán observado, que todo aquel que se dispone a sumirse en el lecho, toma antes ciertas precauciones de orden puramente fisiológico. Cuando don Escanciano se dirigió a la mesilla de noche



—Pues aquella noche no le di dos bofetadas por que estaba lloviendo...

—¡Pero si hacía una hermosa noche!

—Digo que estaba yo viendo que él me daba cuatro.

para requerir cierto recipiente nocturno, un grito de espanto se ahogó en su garganta.

¡El cadáver estaba dentro!!!

Horrorizado, sintió que el aire faltaba en sus pulmones. Abrió los brazos, abrió la boca y... un grito de espanto se escapó de su garganta.

¡El cadáver estaba dentro!!!

Sintiendo próxima la hora de su muerte, se dispuso a hacer testamento.

Sacó papel, pluma y un hermoso tintero, cuya tapa, primorosamente cincelada, levantó para mojar la pluma, y... un grito de espanto se ahogó en su garganta.

¡El cadáver estaba dentro!!!!

... Podíamos continuar así nuestra narración, como aquello de «Bartolo tiene una flauta...»; pero hacemos gracia a nuestros lectores de los azares de aquella noche Allanpoenesca, en la que don Escanciano hubiera muerto de horror si un golpe que se dió en la cabeza contra la mesilla de noche no le hubiera hecho comprender que todo había sido una horrible pesadilla... Y juró no volver a cenar calamares en su tinta, ya que tan malas digestiones producen...

MIAU.



—¡Ay, esposo mío! Vengo cansadísima, medio muerta.

—Siempre has de hacer las cosas a medias.

PARADOJA

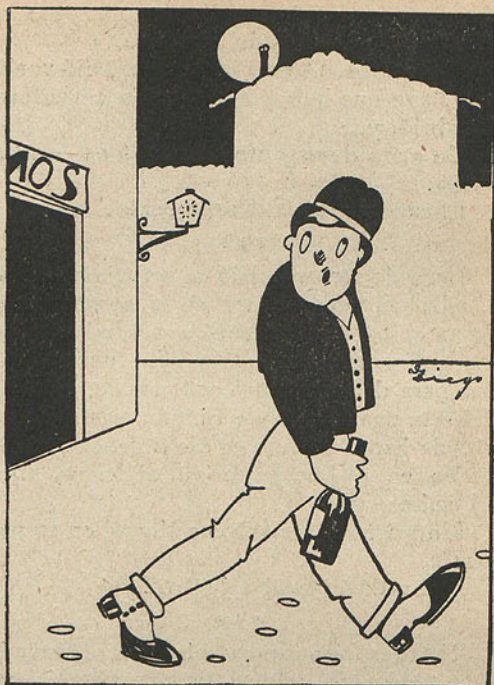


—¿Quiere decirnos qué pueblo es éste?
—¡Pueblo Seco de la Sierra!!

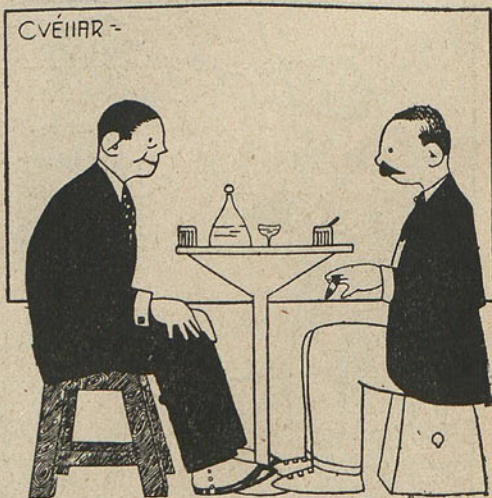
VISITA OPORTUNA



—Señor Peterof, dice el sastre si puede hablar un momento con usted.
—Dile que pase.



—Hasta que no me digan para qué se han fundado las tabernas, no dejo de emborracharme.

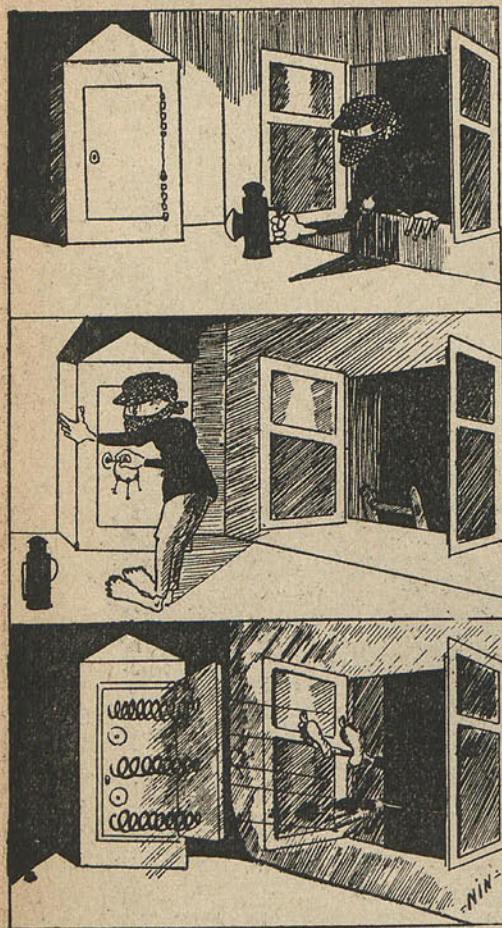


—No sabe usted la saliva que hay que gastar para llegar a ser diputado, don Remigio...
—¡Caramba! Yo también he gastado bastante durante quince años.
—¿Sería usted orador?
—No, señor; limpiabotas.



—¿De dónde viene usted con todo eso a estas horas
—De esperar a los Magos...

CAJA FUERTE CON SORPRESA



Vean ustedes el último modelo de cajas de seguridad, que está dando admirables resultados.

Ante el ímpetu arrollador de la tapa, que se abre violentamente gracias a un poderoso resorte, no hay ladrón que no huya como alma que lleva el diablo, dándose el caso peregrino de que el que entró en vuestro domicilio con la sana idea de llevarse vuestros ahorros, sea él quien se deje las botas o la gorra...

Recomendamos el uso de esta CAJA FUERTE, por ser la más perfecta de las fabricadas hasta la fecha.

Según los últimos datos de la casa constructora, el cincuenta por ciento de los ladrones que vieron defraudados sus esfuerzos merced a este maravilloso invento, se han visto atacados por la parálisis progresiva.

ESCOPETA PARA CAZADORES IMPRESIONABLES

He aquí un nuevo invento que reseñar. Quizás el más grande y el más práctico del siglo, que ha de llenar de gloria el nombre de su inventor, aunque, por desgracia, le hemos olvidado.

Se trata de una escopeta de calibre ordinario, que ni produce detonación alguna ni puede sembrar el pánico en los cotos de caza, en donde los inofensivos mamíferos roedores se hallan consternados ante el perfeccionamiento a que han llegado las armas de caza.

Puede darse el caso de que una persona sea entusiasta de la cinegética, y, sin embargo, se desmaye de horror ante la agoría de un semejante, aunque éste sea de la familia de los «canículos».

Para estas personas se ha inventado la admirable escopeta que reseñamos, cuyas incomparables ventajas sobre las demás armas de caza podrán apreciar nuestros lectores en cuanto nos permitan hacerles su descripción.

En apariencia es igual que otra cualquier escopeta, pues consta de las mismas piezas: cañón, punto de mira, garganta, gatillo, guardamonte, etcétera, etc.

La sorprendente innovación se admira en el momento del disparo. En lugar de la desagradable detonación que en ocasiones hace sentarse al cazador en el suelo contra su voluntad, escucharéis una agradable explosión, parecida a la que produce una botella de gaseosa al ser destapada. En lugar del penetrante olor de la pólvora quemada, que puede hacer enfermar al cazador de la pituitaria, percibiréis una agradabilísima aroma, que os transportará a ciertas regiones de la Arabia Feliz. En lugar de la mortífera carga, saliendo rauda por la negra boca del cañón, surgirá una larguísima cuerdecilla, al extremo de la cual está unida una ventosa de goma, destinada a hacer presa en cualquier punto del cuerpo del animalito.

Supongamos que ha sido una liebre la víctima que despertó vuestra codicia. Surge la bala-ventosa, y si tenéis buena puntería, es seguro que irá a adherirse fuertemente en las ancas del roedor. En la caja de meca-

nismo de la escopeta hay un pequeño carrete, que, por medio de un resorte, una vez hecho el disparo, gira velozmente en sentido contrario al de la puntería, volviendo a arrollarse en él la cuerdecilla, al extremo de la cual está sujeta la ventosa, arrastrando, como puede suponerse, a la víctima, que andando hacia atrás, y contra su voluntad por supuesto, vendrá a caer en vuestras pecadoras manos.

Meditad bien sobre lo expuesto, y no os costará gran trabajo apreciar las economías que os puede reportar este prodigioso invento.

Por lo pronto, os economizáis el perro, economía considerable si se atiende al gasto del sustento diario del can y a los peligros a que en verano puede exponeros si el animalito se ve atacado de hidrofobia... Os economizáis la bala, puesto que una sola ventosa puede servir para infinito número de disparos. Os economizáis la pólvora, puesto que la materia explosiva es sumamente barata, pues se reduce a una pequeña cantidad de magnesio, mezclado con resina y brótano macho.

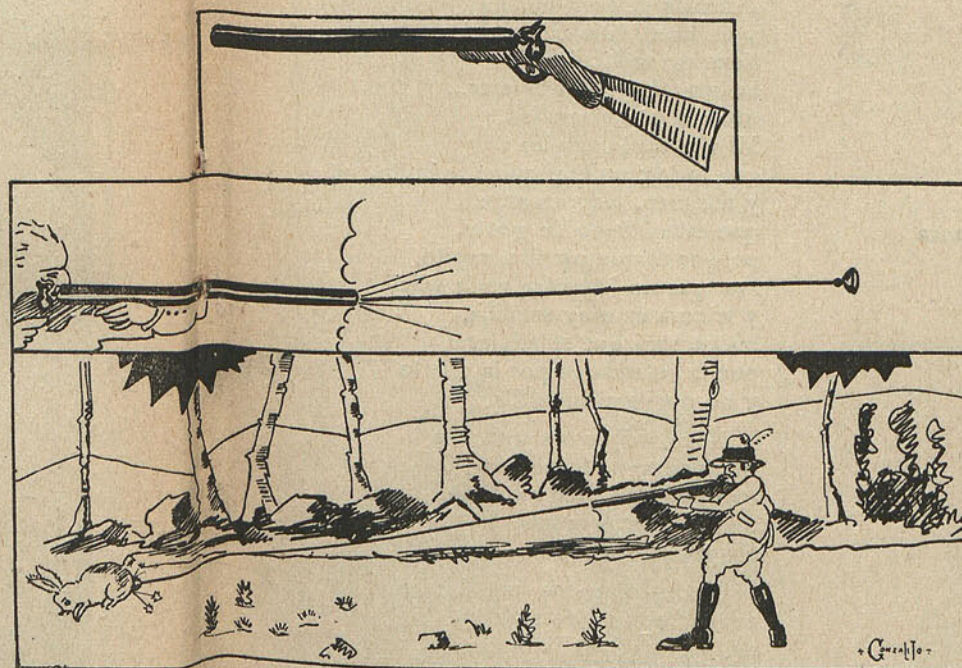
Y, por último, os evitáis el doloroso espectáculo de la agonía de vuestra víctima. El repugnante contacto de la sangre aun caliente y la impre-

sión desagradable que os producirá si os ponéis en el caso del animalito...

Si tenéis buen corazón, es seguro que una vez ejercitada vuestra puntería soltaréis a vuestra víctima, y este rasgo os honrará... Tened en cuenta que os lo agradecerá mucho la propia víctima... y sus familias.

En cierto coto de Sthephanian (Australia), en donde unos cuantos caballeros, socios de la Protectora de Animales, han adoptado esta escopeta para su solaz, se ha dado el caso de que los mismos conejos, sabiendo que no se les había de hacer daño alguno, se prestaban voluntariamente a la experiencia, y hasta sacaban a los gazapos de la madriguera para divertir a los cazadores. Y una vez en libertad, ¡qué alegría, qué cabriolas, qué sonrisas las de los simpáticos «canículos»!...

GONZALITO.



“NUEVO BAR”

RECLAMO

¡Oído al parche! «Himeneo»
 Vini-tupi-bar de «El Feo»,
 elegante y postinero,
 sito calle del Carnero,
 junto al cine de «El Magreo».
 Lugar barato y bonito.
 En invierno y en verano
 hay frescura y hay calor
 y es (la chipén) lo mejor
 que se puso en el distrito.
 Lo sirven la «Pretensiones»,
 Paca (la de los mantones),
 la Manuela y la «Tronío».
 El echador es un tío
 pariente de Romanones.
 Hay una timba que zumba;
 se baila el tango y la rumba;
 y la diversión es tanta,
 que hay gachó que no la aguanta
 y de alegría se tumba.
 Adelante y a probar,
 dando gusto al paladar,
 lo que aquí se va a servir
 (no olviden, al consumir,
 que es necesario pagar).
 Tenemos café de moka,
 leche de una cabra loca,
 muy superior, ¡buena leche!
 Anchoas en escabeche
 y un piano que... hasta toca.
 Horchata vista ordeñar,
 cangrejitos de la mar,
 bocadillos de jamón,
 mordiscos al salchichón,
 y para desengrasar
 hay refrescos muy variaos
 que a los que están sofocaos
 se los sirve la «Tronío»:
 si es en verano, muy fríos;
 si es en invierno, templaos.
 Chocolates especiales
 que solo cuestan dos riales
 con vainilla o con canela,
 que los sirve la Manuela
 en tazas esculturales,
 con tortas o mojicones,
 o churros o chicharrones.
 El te lo sirve la Paca
 con leche, pastas, amaca
 y con aproximaciones.

Hay pasteles, empanás,
 patatas fritas inflás,
 buenos días, medias noches,
 bocas, quisquillas, brioches
 y almendras finas tostás.
 Nunca se tendrá disgusto,
 pues siempre le viene justo
 a la parroquia un buen medio.
 Las niñas quitan el tedio,
 pues su misión es dar gusto.
 Además de bien pintao
 y en buen sitio colocao,
 tiene de particular
 las grandes vistas al mar...
 molista que vive a lao.
 Mi vini-tupi compite
 con todos; no hay quien le imite,
 y me creo, mayormente,
 que estará lleno de gente,
 porque el que prueba, repite.
 Aunque no hay otro en la villa,
 y la cosa es muy sencilla,
 bueno será que se advierta
 que la entrada es por la puerta
 y no por la alcantarilla.

NOTA.—Para los tristes
 que padecen afecciones
 que no están bien explicás,
 tenemos ya preparás
 alegres habitaciones.

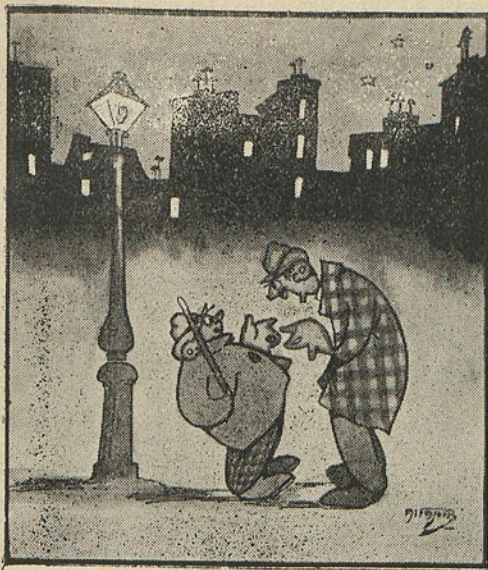
OTRA.—Para los que al cabo
 se ocultan (yo los alabo)
 de la gente, por juiciosos,
 hay unos cuartos preciosos
 con *chaise longue* y lavabo.

OTRA.—(Que es muy pertinente)
 que no confunda la gente
 este tupi-bar tranquilo
 con una cuadra a pupilo
 que hay en la casa de enfrente.

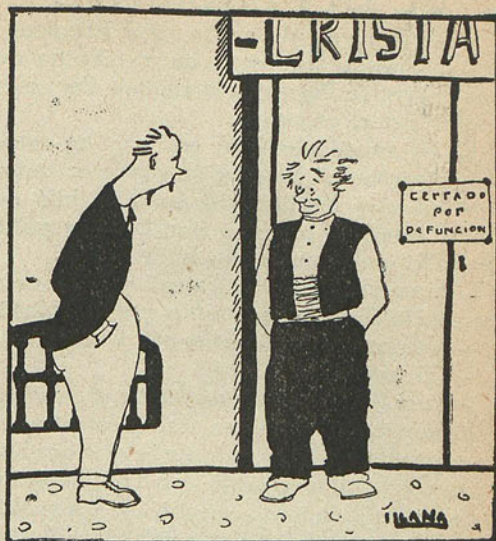
.....

¡Oído al parche! «Himeneo»
 tupi-vini-bar de «El Feo»,
 Carnero, 69.
 Entrar, tomar y si llueve
 al «Cinito de El Magreo».

ADÁN DE F'ECORI.



—A mí me habla usted con claridad.
—Imposible. La luz no lo permite.



—Pero ¿se murió el cristalero?
—¡Sí; pero no se apure el señorito! ¡Pa mí que era un avaro, porque dijo el doctor que fué de la rotura de un vaso!...



—No me explico cómo su amigo Eduardo se casa con Lili. ¡Una mujer que no tiene nada para gustar!
—Pero en cambio tiene mucho para gastar.



—Pues verá usted, doctor. Los síntomas fueron...
—Al grano, al grano...

EL DEPENDIENTE

Ante el dueño de cierto establecimiento de Granada se presentó un muchacho de pueblo, recién llegado a la capital, dispuesto a aprender el comercio.

El tal establecimiento era uno de estos seudobazares en los que se vende de todo, desde la vara de bombasí hasta el kilo de jabón moreno, pasando por las alpargatas de orillo y el aceite refinado de oliva.

El comerciante examinó atentamente la conformación física del aspirante, y le preguntó:

—Vamos a ver: ¿tú entiendes el comercio?

—¡Zí, zeñó!

—Pues bien: te voy a admitir a prueba.

El muchacho se puso tras el mostrador en espera de la llegada de algún comprador; y, en efecto, al poco rato penetró una señora, que, dirigiéndose al neófito, le preguntó:

—¿Tienen ustedes cintas de seda *Liberty*?

El dependiente examinó con atención el índice de artículos, y al poco rato contestó:

—No, señora. Se ha terminado.

—Bien; entonces nada.

Y la compradora salió del establecimiento.

Pero el dueño, que había observado atentamente al muchacho durante su diálogo con la señora, le dijo:

—Mira, chico: no vuelvas a hacer lo que has hecho, ¿sabes? El comercio no es eso. Cuando te pidan un artículo que se nos haya agotado, no dejes marchar al cliente sin ofrecerle otro similar, que, si no tan bueno, pudiera convenirle por su calidad o por su precio. ¿Has entendido?

—Sí, señor.

—Veremos en la próxima ocasión.

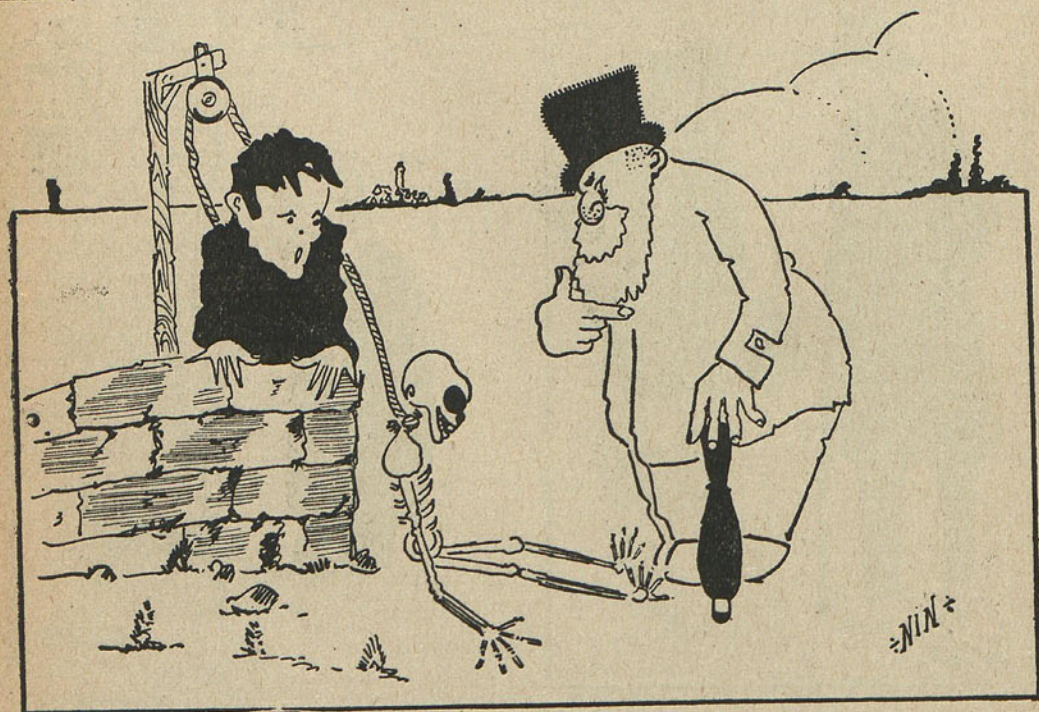
Esta no tardó en presentarse, pues de allí a poco penetró en el establecimiento un caballero, que, acercándose al dependiente con cierto misterio, le preguntó en voz baja:

—¿Tiene usted rollos de papel higiénico para el W. C.?

A lo que respondió el avisado muchacho, recordando las instrucciones de su principal:

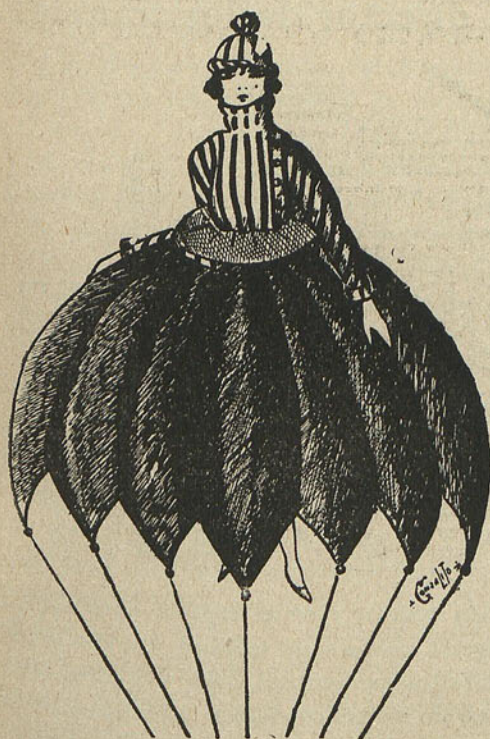
—No, señor. Se nos ha terminado; pero, en cambio, puedo ofrecer a usted un papel de lija del número uno, de resultado excelente...

RAMÓN ROMÁN.

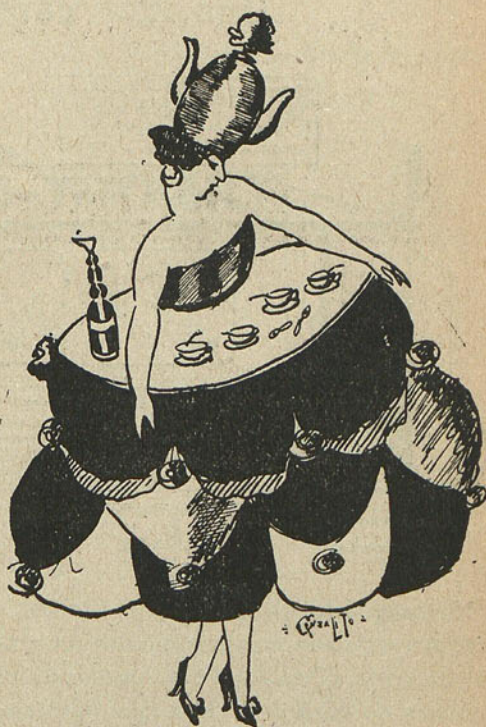


—Este es, señor juez, el esqueleto que hemos hallado en el pozo.
—Bien, bien. Vayamos por partes: ¿está usted seguro que se trata de un cadáver?

«POUR-CHUTE»



CAMARERA DE «BAR»



Precioso modelo de traje para verificar ascensiones en globo sin temor a romperos la cédula personal en caso de accidente.

Amplia falda, que puede ser bien de «satin rouge», de «crêpe chiné», de «satin Opera» o de tafetán inglés. Nosotros recomendamos el «tafetán inglés», pues sobre ser el tejido más corriente en la construcción de globos aerostáticos es también el más necesario para las caídas.

Un «jersey» cebra, esto es, a rayas, que bien pueden pasar si son azules o amarillas o moradas, aunque lo más fácil es que con este traje paséis las «moradas» sin necesidad de llevarlas en el «jersey».

Un coquetón gorrito, haciendo juego con las rayas del «jersey», completan la «toilette». Este es un detalle muy importante. Caso de que os mandéis confeccionar el traje, según el adjunto modelo, no os olvidéis del juego de la raya.

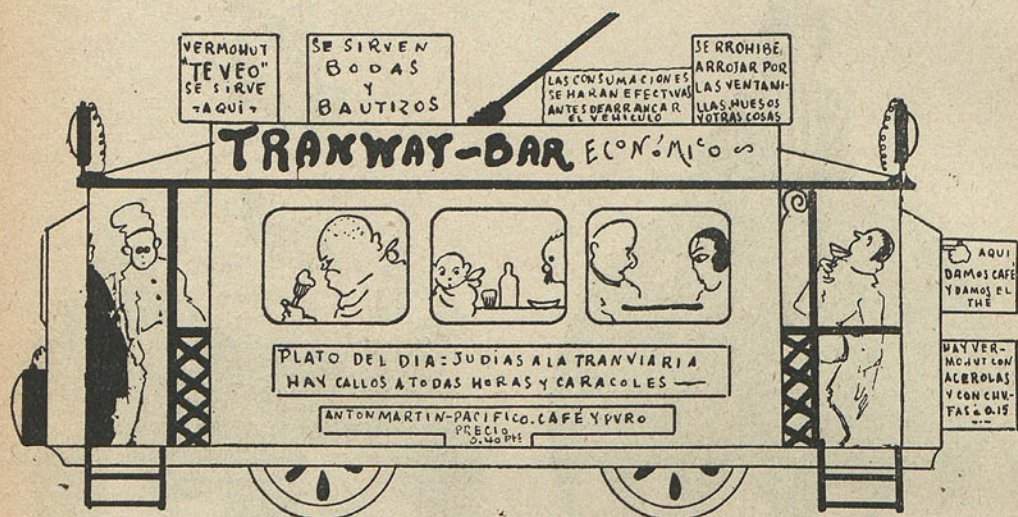
A los numerosos «bareros» de esta corte ofrecemos el presente modelo, por si lo creen conveniente lo introduzcan en sus establecimientos.

Consiste en un pequeño mostrador circular, adosado a una falda amplia de «foulard» de tres pesetas la vara. En él puede llevar el servicio para cinco o más parroquianos. Sobre la cabeza, una cafetera doble de metal blanco. No necesita más que inclinar la cabeza hacia adelante, ligeramente, para estar «echando café».

Creemos que con esta sencilla innovación se suprimirían ciertos espectáculos en los cafés de camareras, que muestran la «glacialidad» de ciertos parroquianos...

EL "TRANWAY-BAR"

Una idea para el director de los tranvías.



No hace muchos días, cierto admirable cronista, de un no menos admirable rotativo de esta corte, ofrecía al señor director de los Tranvías de Madrid la idea que nosotros, con el entusiasmo que ponemos en todos aquellos proyectos que puedan reportar algún bien al vecindario, hemos prohiado, madurado, amamantado a nuestros propios pechos, y que hoy tenemos el honor de exponer al mencionado director y a nuestros entrañables lectores.

Por el adjunto dibujo, que es todo un poema, se puede alcanzar la inmensa trascendencia de esta majestuosa idea y de las ventajas que podría hallar el público en lo que hemos bautizado con el elegante nombre de *Tramway-Bar*.

Cualquiera de los desvencijados coches que en la actualidad ruedan sobre los rieles madrileños pudiera servir para realizar nuestro proyecto; bastaría quitarles los asientos de madera, verdadera tortura para los infelices viajeros que tienen el mal gusto de invertir quince céntimos en desollarse la re-

gión glútea, y en el espacio libre colocar ligeras mesitas de mimbre y cómodos silloncitos en donde el público podría saborear un aromático «moka» mientras le llevan desde la Puerta del Sol a la Prosperidad, o a Salamanca.

El servicio de «bar», como quiera que instalar una cocina o simplemente un mostrador en el interior del vehículo sería robar espacio al local que pudiera ocupar el público, y eso de robar está muy feo, podría correr a cargo de alguno de los más importantes «bares» de la Corte, que establecería sucursales en determinados puntos del trayecto, en donde gracias a una parada de tres minutos tendría tiempo suficiente para proveerse de bocadillos de jamón y de butifarra, raciones de «quisquillas», percebes, cangrejos, botellas de vermuth y de cerveza, etc., etc.

Desde luego sería mas conveniente que la provisión de comestibles y bebestibles se hiciese como los cortes de pelo de Noel: por contrata.

Nosotros, en nuestro justo afán, por ver cuanto antes llevado a la práctica nuestro proyecto, nos hemos detenido a estudiar hasta los más nimios detalles, y en particular uno que pudiera ser causa del aborto absoluto de esta magna empresa: la tarifa de precios.

¡Ah, la tarifa de precios! Este parece ser el escollo principal en donde ha de estrellarse la realización de esta maravillosa idea, y, sin embargo, nada más sencillo de establecer conociendo un poco la psicología de las gentes.

Dígale usted a un ciudadano cualquiera que le va a cobrar cuarenta céntimos, pongo por cantidad, por llevarle desde la Puerta del Sol al barrio de las Injurias, y bueno, es seguro que las injurias caerán todas sobre sus venerables ascendientes; pero dígame que además de llevarle al mencionado barrio, en el precio del billete está incluido el servicio de café, y que al tiempo de ingerirlo tendrá derecho a succionarse un magnífico habano de 0,15, y entonces os estrechará tiernamente contra su corazón.

¿Veis qué sencillo? Tomando como base este profundo conocimiento del corazón humano, hemos establecido la siguiente tarifa de precios, que ofrecemos también al examen del Consejo de Administración de la Compañía Madrileña de Tranvías.

TARIFA DE PRECIOS

Puerta del Sol-Pozas y viceversa. En atención a la desmesurada extensión del trayecto y a las continuas paradas que hacen casi eterno el viaje, en el precio del billete está incluido el siguiente

MENÚ

Paella valenciana
Caracoles a la tabernera
Chuletetas empanadas
Pan, vino y postres.

Precio... 75 céntimos.

Puerta del Sol-Antón Martín.

Billete, dos pájaros fritos y vaso de vino... 25 cts.

Antón Martín-Estación de Atocha.

Vermouth, con anchoas, bocadillo de jamón y billete... 30 cts.

Notas importantes:

a) Se prohíbe apearse en marcha sin haber hecho efectivo el importe del trayecto y de la consumición.

b) Se prohíbe «achagar» con huesos de aceitunas a los guardias que viajen en las plataformas anterior y posterior.

c) A los viajeros que no guarden en la mesa las debidas reglas de urbanidad se les arrojará violentamente por la ventanilla.

d) No se admiten reclamaciones una vez ingeridos los alimentos comprendidos en el precio del billete.

e) Se prohíbe arrojar por las ventanillas huesos, migas de pan y otros comestibles.

SE SIRVEN CONSOMES PARA ANCIANOS CONVALECIENTES Y HAY BICARBONATO PARA LOS ENFERMOS DEL ESTOMAGO.

NOTA MUY IMPORTANTE.—La Compañía no responde del hallazgo en las raciones de pelos, moscas y otros insectos.

¿Verdad que es una idea que merece tomarse en consideración?

Nosotros creemos que tendría un gran éxito la implantación del TRANWAY-BAR, y hasta nos atrevemos a insinuar la creación de otro servicio de coches similares, como el TRANWAY-COIFFEUR (tranvía-peluquería), TRANWAY - W. C., TRANWAY-SCCOL (tranvía escuela), etc., etc., aunque reconocemos que este último no tendría el éxito clamoroso que el TRANWAY-TIMBA, que también merece ser estudiado.

¿Verdad?

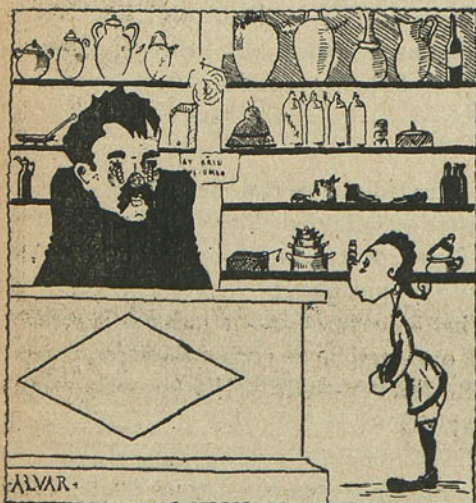
CONSECUENCIA



—¡Este duro es sevillano!
—¿Y qué? También son sevillanas las aceitunas, y me las llevo!

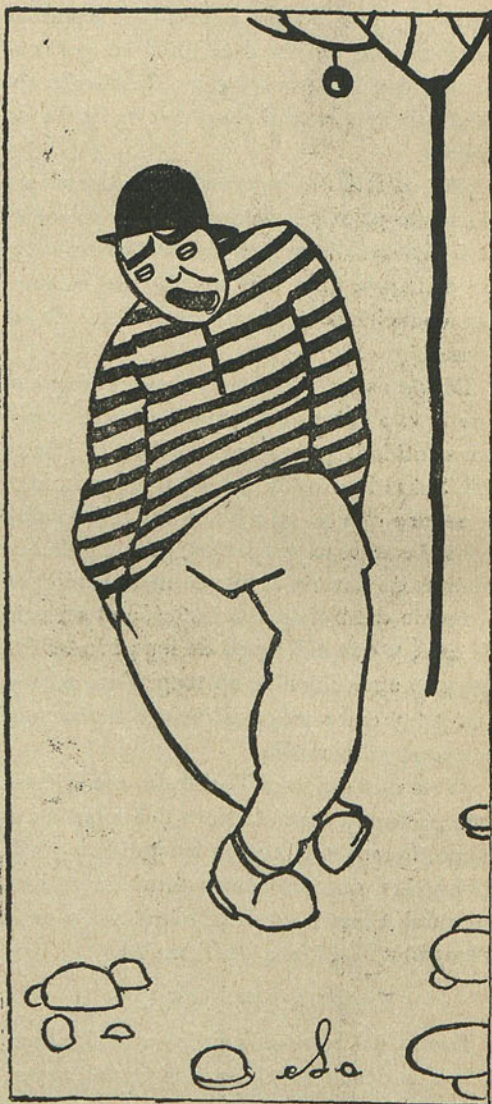
**Si a comer te invitasen, ¡desdichado!,
no meterás la mano en el guisado.**

EN LA CACHARRERÍA



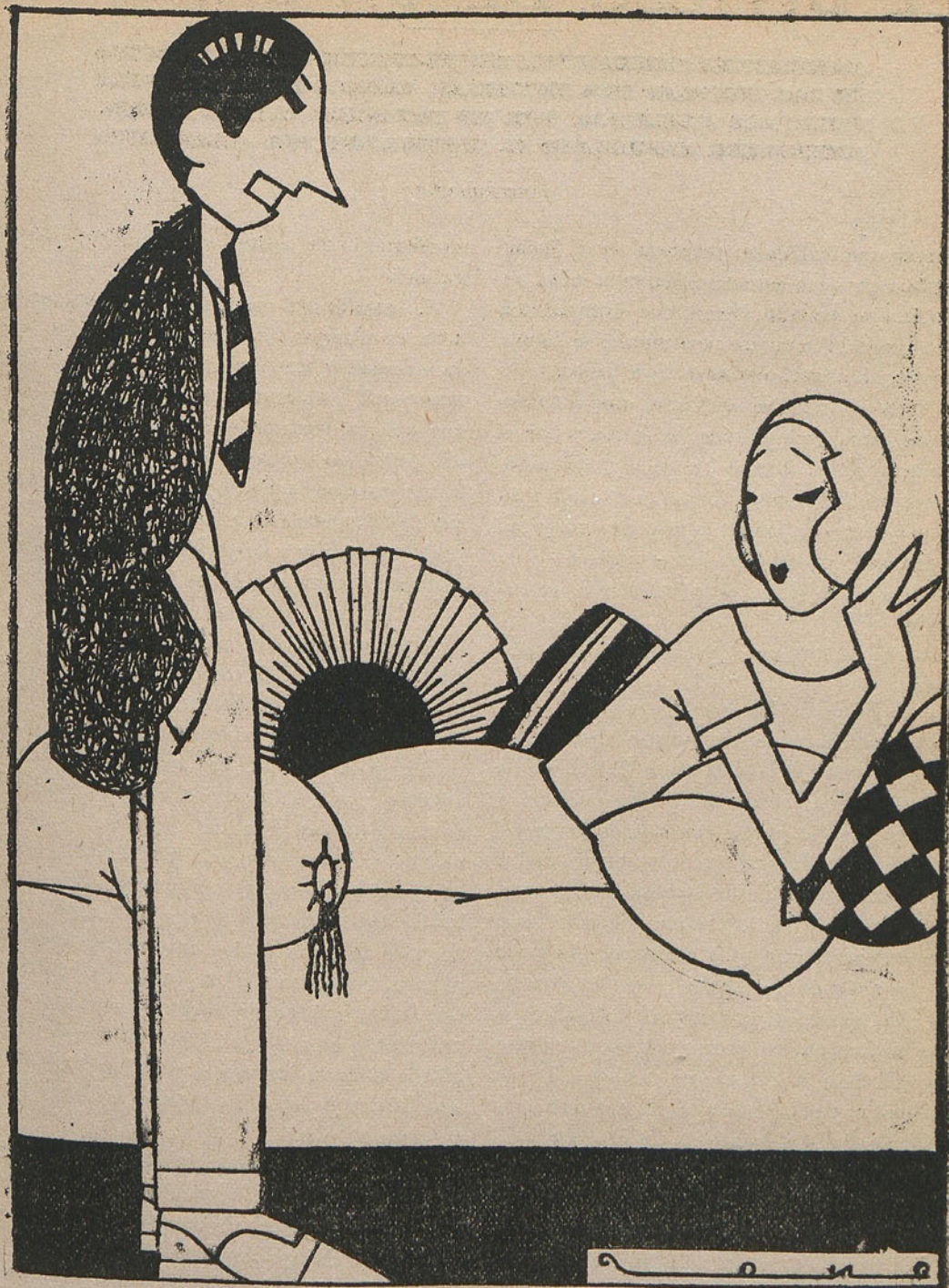
—¿Tiene usted petróleo? He preguntado ya en todas las cacharrerías de Madrid, y en ninguna tienen.
—¿Has preguntado en la del Ateneo?

UN BUEN MARIDO



—Mi mujer me dijo que le llevase una docena de copas, pues las que tenía se le han roto; pero yo, que soy un buen marido, le llevo unas cuantas de más.

**Y por si en el «menú» vienen mal
dadas,—no perderás de vista las ta-
jadas.**



—Estoy muy preocupada porque soy rubia y ahora es la época de las castañas.

EL DIVIESO DE UN BANDIDO

CARICATURA CAMELÍSTICA SIN PRINCIPIO NI FIN, PARODIA DE LAS NOVELAS POR ENTREGAS, BASADA EN UNA NOVELA POLICÍACA PUBLICADA POR UN CONOCIDO EDITOR NORTE-AMERICANO, ARREGLADA AL CASTELLANO POR «BLAS-KITO».

(CONTINUACIÓN)

esposa que hallábase postrada en el lecho, víctima de unas hemorroides en la nuca. Al sentir a su marido, despertó sobresaltada y le preguntó con voz cavernosa si se habían suspendido las tinieblas en San Ginés.

Nada contestó el ofendido, que acostóse en su cama sin quitarse las botas y con el paraguas abierto; pero los celos y los sabañones le mortificaban tanto, que volvió a su eterna sospecha. Negó la esposa una y mil veces, y él, como supremo argumento para confundir a la infiel, preguntóla con voz atiplada:

—¿A quién has vendido la tinaja esta mañana?

—A Eduardo Barriobero, que...

Agamenón, al oír tan odiado nombre, no la dejó terminar la respuesta. Buscó en la carbonera un sacacorchos recién vaciado, y después de limpiarlo con orines de jabalí manchego, se lo clavó siete veces y media a la infeliz Evarista en las plantas de los pies.

Al ruido de las detonaciones acudieron varios campesinos y los hermanos Quintero que estaban domando una yegua en el atrio de una iglesia próxima, y al entrar en la casa contemplaron con pena un horrendo espectáculo: la mujer se desangraba por momentos y preguntaba a gritos a qué hora pasaba por allí el mixto de Galicia, y el asesino, presa de gran excitación, cascaba nueces con los codos. Los hermanos antes citados, con la ayuda de varias almas piadosas, auxiliaron rápidamente a la herida y la preguntaron si llegó a ver jugar al «mus» al Manco de Villabona. Atado codo con rodillas fué llevado el criminal a una escuela de sordo-mudos; arrepentido de su hazaña iba

vociferando sin cesar: «¡Maura, no! ¡Maura, no!»

El Juzgado, en mangas de camisa, personóse en el lugar del crimen a las cinco horas escasas, y, en el momento en que el juez transponía los umbrales de la alcoba nupcial, exclamó la víctima, con voz entrecortada: «El sexto, no fornicar...» Cuando iba a continuar los mandamientos, un ataque fortísimo de flato puso fin a su existencia...

¡Justo castigo a su perversidad, por haber levantado la mano a su padre!

Gran expectación reinó durante varios días entre los vecinos de Villa-Pingorríez con motivo del feliz descubrimiento de este crimen con ribetes novelescos.

Todos sabían ya, en sus más mínimos detalles, por la brillante información que del suceso hizo *La Voz del Sepulcro*, famoso diario de la comarca, que una bella y elegante mujer, hermana política de Evarista, había envenenado dos meses antes con mondas de patatas disueltas en tapioca a su esposo, Bonifacio Bulow, Labrador potentado, embalsador de hornos y persona conocidísima en el Canadá, por su desmedida afición al *cante jondo* y por haber fundado una fábrica de agua de seltz en la desembocadura del Nilo.

Sabían también que la desnaturalizada esposa cometió tan horrendo delito en la noche del 4 de enero, a su regreso de la romería de Santiago Apóstol, a fin de poderse casar con el peluquero de la víctima, del que estaba locamente enamorada porque le supuraban copiosamente los oídos y ade-

(Continuad.)

LA RISA

SEMANARIO HUMORÍSTICO

Doctor Fourquet, 4. - Teléfono 30-76 M.

— APARTADO 7.002 —

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Las suscripciones empezarán con el
:: primer número de cada mes. ::

Madrid, provincias y América.

	Pesetas.
Trimestre.....	3,60
Semestre.....	7,20
Año.....	15,60

Extranjero.

Unión postal.

Trimestre.....	4,80
Semestre.....	9,60
Año.....	19,20

Los suscriptores tendrán derecho, sin aumento de precio, a los números extraordinarios que pueda publicar LA RISA.

A los colaboradores espontáneos

No se devuelven los originales aunque no se inserten, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

□ □ □

Los dibujos que se nos envíen deberán ajustarse a las dimensiones que impone el tamaño de LA RISA.

□ □ □

DIRÍJANSE LOS ORIGINALES AL
APARTADO 7.002



Correspondencia de LA RISA

M. H. Madrid. — Sí, señor; publicaremos un fragmento de sus versos para que vea el público que nuestro semanario ha logrado inflamar en *caletres* tan aventajados como el suyo el fuego sagrado de la inspiración:

«LA RISA DESPIERTA

Ya despertó LA RISA *sola*
de un sueño aletargado *que tenía*;
ya despertó LA RISA, ¡hola..., hola!...
Pues yo mismo, ya lo véis, *no lo sabía*.
Despierta con tal *fuerza y balentía*
como un niño que, meciéndose en su cuna,
le *arruya* una criada *hó* bien su tía...»

Claro que, después de este lírico despertar, no se nos ocurre más que pedir el chocolate... ¡Ah! ¡Y una pareja de guardias para que le *enchiqueren*!!

F. S. S. Pérez. Albacete. — ¡¡Sombrón!!

F. M. Conesa. — Con esa literatura no llegará usted a ninguna parte, amigo...

N. Migo de los Juanes. Málaga. — ¡Vaya usted a hacer gárgaras!...





—Puesto que horizontal viene de horizonte, ¿de dónde vendrá lateral?
—Pues... viene de «lata»...